

# Jesucristo

origen, contenido y modelo  
de evangelización

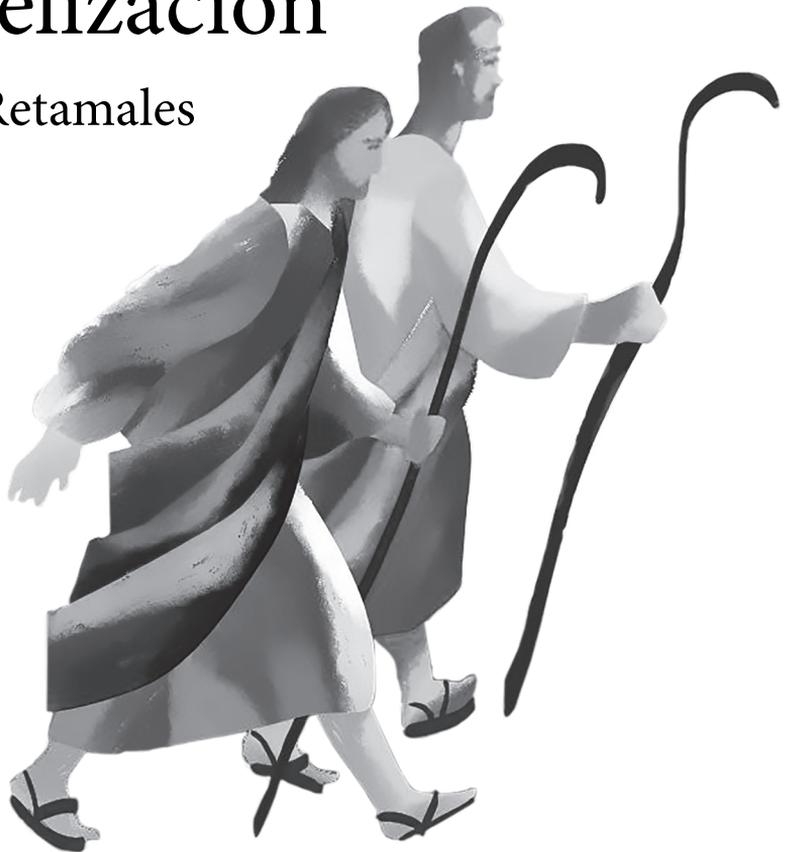
Santiago Silva Retamales



# Jesucristo

origen, contenido y modelo  
de evangelización

Santiago Silva Retamales



Valdivia, agosto 2021

El propósito de esta serie, «*Biblia y Nueva Evangelización*», con publicaciones más o menos periódicas, es iluminar el anuncio de la Buena Noticia, o Evangelio, acerca de Jesús en el mundo de hoy y en nuestra diócesis de Valdivia. Pero desde la condición de Iglesia discipular y discente (que es enseñada), antes que docente (que enseña), porque tenemos que mirar a Jesús para aprender de Él a anunciar la Buena Noticia a nuestros contemporáneos. Partimos de la base que somos discípulos que buscan aprender de su Maestro, Jesucristo, y que los contextos sociales, políticos y económicos son dinámicos, lo que nos exige no dejar nunca de plantearnos la pregunta acerca de cómo evangelizamos hoy en nuestra sociedad.

No se trata de ofrecer recetas, sino un marco bíblico que nos ayude a repensar y animar nuestra evangelización hoy.

En el presente número de esta Serie nos fijamos en cómo Jesús anunciaba el Reino del Padre a los israelitas de su tiempo.

Jesucristo es tanto la fuente de la evangelización como nuestro primer y más importante modelo. Su anuncio del Padre y su Reino es normativo para nosotros. Es decir, es regla o medida de conducta para quienes somos sus seguidores y, como sus discípulos misioneros, estamos enviados a anunciar el Evangelio hasta «*los confines de la tierra*» (Hch 1,8). Posteriormente tomaremos el modelo paulino de evangelización quien se inspira en Jesús en muchos aspectos.

Para el modelo de evangelización de Jesús presento los contenidos como «*claves de comprensión*», pues no me detengo en los fundamentos de ellos (por esto la denominación de «claves»), lo que nos llevaría muchas páginas. Pido al lector la confianza de aceptar que cada clave de comprensión tiene un fundado trasfondo de investigación bíblica que la avala.

**+ Santiago Silva Retamales**  
**Obispo de Valdivia**

## Primera clave de comprensión

### *«Reino» de Dios y «Dios» del Reino*

Para entender el anuncio del Reino por parte de Jesús hay que partir de tres realidades de fe: a)- *Jesús es el Hijo amado de Dios hecho hombre*, b)- *que viene a revelar el Reino de Dios*, c)- *Dios que quiere reinar ofreciéndonos su identidad, es decir, su ser de Padre rico en vida y misericordia*. El reinado o señorío de Dios tiene por protagonista al Hijo que, en razón de su presencia, anuncia que Dios *«ya reina»* (lo distintivo del *«Reino de Dios»*) y de que su soberanía es la de *«Padre»* (lo distintivo del *«Dios del Reino»*). No se puede, por tanto, anunciar el Reino de Dios prescindiendo del Hijo de Dios y Mesías y sin, a la vez, anunciar que quien reina es el Padre en cuanto tal.

Jesús, al hablar del reinado de su Padre, no utiliza el vocabulario de su tiempo que acostumbraba a presentar a Dios como Rey único y magnífico, con trono, dominios de pueblos, partiendo por Israel, con una corte celestial, tal como luego lo encontraremos en la literatura apocalíptica. Tampoco, como varios Salmos, Jesús habla de un Guerrero poderoso que vence a los ídólatras, a los enemigos de Israel y el caos de la creación. Aunque juzgar sea propio de un rey, Jesús no insiste en que Dios en cuanto tal sea un Juez que garantiza el derecho, destruye el pecado y castiga al pecador. Esta teología de la realeza de los rabinos contemporáneos a Jesús, no es la del Maestro de Nazaret.

## Segunda clave de comprensión

### *Adecuada comprensión de la identidad de Jesús*

«¿Quién eres tú?», «¿por quién te tienes a ti mismo?», le preguntaban con insistencia a Jesús (Jn 1,19; 8,53). La identidad del Nazareno es el punto central para entender el propósito, la enseñanza y la actividad de Jesús entre nosotros. Y es el punto central porque el ministerio de Jesús consistió en revelar y ofrecernos lo que es, es decir, su ser.

Un israelita del siglo I entiende la identidad como la correlación de tres relaciones fundamentales que condicionan el ser y quehacer de la persona y la llevan a manifestarse conforme a los paradigmas exigidos por la sociedad en la que vive. La razón es que en el siglo I es la gente quien avala la identidad, de aquí la pregunta de Jesús: «¿Quién dice la gente que soy yo?» (Mc 8,27). El mundo interior (pensar, sentir y decidir), las palabras y las acciones de cada persona deben responder a tres relaciones fundamentales:

- a-** al sexo (varón - mujer), según las categorías de aquella época;
- b-** a la familia (o intragrupo) y a lo aprendido en ella, familia que cada miembro por sobre todo debe honrar, y
- c-** a lo exige Yahveh, que es Santo, y quiere un pueblo santo en virtud de la alianza.

Por tanto, sexo, familia de procedencia y Yahveh-pueblo (como unidad) determinan lo peculiar de la identidad de cada israelita del siglo I.

Esto significa que su mundo interior (pensar, sentir, decidir), sus palabras y acciones le vienen exigidas por las relaciones fundamentales mencionadas, explicando no sólo su ser y quehacer, sino también señalando su posición en la pirámide social de aquel tiempo. Por esto, la identidad no es individual, sino social («*diádica*» o «*corporativa*»): los rasgos que caracterizan a cada israelita se adquieren de las relaciones fundamentales propias que aportan características diversas a las de otros grupos sociales, religiosos y pueblos (los exogrupos). «*Mi identidad*», por tanto, es representar fielmente los rasgos de los míos (familia) y de lo mío (sexo y pueblo).

De aquí que para saber quién es alguien hay que preguntar por sus orígenes (Jn 7,28-29), es decir, cuáles son sus intragrupos. La pregunta «*¿quién eres?*» no se resuelve contestando «*Jesús*» o «*Santiago*», sino «*Jesús, el hijo de José, el de Nazaret*» (Jn 1,45), o bien «*Santiago, el de Zebedeo, hermano de Juan*» (Mt 4,21). Es decir, se responde señalando la pertenencia, pues ésta es portadora de los rasgos identitarios, confiriendo a quien pregunta un marco que le permite comprender cómo es el mundo interior, la comunicación y acciones de su interlocutor. De este modo los interlocutores saben qué pueden esperar de esa persona, si pueden confiar o no, si es una persona con honra o hay que evitarlo. Por tanto, las relaciones fundamentales nutren la identidad con las características propias de los grupos de pertenencia (varón o mujer; familia; religión judía) y, al ofrecer un paradigma de comprensión del individuo, condiciona percepciones («*¿Acaso de Nazaret puede salir algo bueno?*»: Jn 1,46), motivos (expulsa demonios «*porque está poseído por Belzebú*»: Mc 3,22) y conductas («*Me buscan porque comieron pan hasta saciarse*»: Jn 6,26).

Sus contemporáneos analizan desde este paradigma a Jesús. La comprobación de lo que dice y hace, que es del todo inesperado al no responder a ningún grupo conocido de pertenencia, suscita en la gente una gran admiración, expresada en preguntas sobre su procedencia (ser) y su conducta (misión). Si proviene de una sencilla familia de artesanos de Nazaret y no es hijo de rabinos ni ha estudiado, ¿cómo puede conocer tan bien las Escrituras (Jn 7,15), ¿o es que acaso un hijo de un artesano hace milagros o enseña mejor que los rabinos de Israel? ■

## **Tercera clave de comprensión**

# *Palabras y acciones de Jesús para anunciar el Reino*

### **Las palabras de Jesús**

Jesús evangeliza o anuncia el Reino sobre todo mediante «parábolas». Estas contienen las notas distintivas del «*reinado*» de Dios y, a la vez, del «*Dios*» que quiere reinar. Es tal la correspondencia de lo que Jesús enseña con lo que es, que aceptando su identidad (Hijo de Dios) se entiende lo que enseña (que reina el Padre en cuanto tal). Por eso, sólo quien se hace su discípulo puede acceder al misterio del Reino que las parábolas contienen (Mc 4,10-12).

¿Qué Reino anuncia Jesús? Un «*Reino*» de inicio oculto, casi invisible, que no se desarrolla en forma espectacular, pero «*ya está entre ustedes*» (Lc 17,21). Pero es «*de Dios*» por lo que depende absolutamente de Él, y ya puede el campesino dormir o velar que el Reino –tal como una semilla– seguirá creciendo hasta cobijar a todos los pueblos (Mc 4,1-34).

Porque Jesús es el Hijo único y amado de Dios, el Reino que proclama es la soberanía de Dios en cuanto Padre. De aquí que aceptar el Reino es hacerse hijo de Dios y hermano de los demás. Se trata de una nueva y original identidad o relación fundamental (filiación–fraternidad) por el éxodo de un intragrupo (el judaísmo) para pertenecer a otro distinto (el cristianismo), que marca una forma distinta de ser y comportarse. Este éxodo no se produce sin desprendimientos radicales (Lc 9,23-26): dejar antiguas relaciones fundamentales (familia sanguínea, Moisés y la Ley, Israel como pueblo de la Antigua alianza) para adquirir las del nuevo intragrupo del que se forma parte por don divino (la familia de la Iglesia, el Israel de la Nueva alianza).

Este nuevo grupo se constituye como nueva familia o pueblo, cuyo jefe o paterfamilias es Dios Padre. De esta pertenencia procede la condición de discípulos misioneros de Jesús y templos del Espíritu Santo. La soberanía de Dios como Padre hay que seguir pidiéndola (Mt 6,10), porque el Reino –siendo ya presente (realidad histórica)– crece en busca de su plenitud (dinamismo escatológico).

## Las acciones de Jesús

Entre las acciones de Jesús que revelan el «Reino» de Dios y al «Dios» que reina destacamos tres: expulsión de espíritus impuros o demonios, sanación de enfermedades y comida con pecadores. Las dos primeras están estrechamente unidas.

La precariedad de la existencia es un dato incuestionable en el siglo I: con una esperanza de vida de 40 años, la tercera parte de los niños que nacían vivos morían antes de cumplir los 6 años. Del resto, el 60 % había muerto antes de alcanzar los 15 años. Respecto a los adultos, el promedio de edad eran los 40 años y sólo el 3 % alcanzaba edades que bordeaban los 70 años. Se convivía, pues, con la enfermedad y con su consecuencia, la muerte, la que se recibía sin drama por pertenecer a una sociedad en la que dominaba la enfermedad. Concebían las enfermedades (sordera, ceguera, lepra...) a causa de la posesión de los demonios o espíritus impuros por el pecado o desobediencia de la persona o de sus parientes a la Ley de Dios (Jn 9,2; Mc 9,17). Por esto, curar una enfermedad no era reponer el equilibrio físico y bio-químico del cuerpo, sino derrotar los espíritus impuros o perdonar los pecados que las causan. La enfermedad era síntoma de una disfunción religiosa o alejamiento grave de Yahveh por lo que eran los «profetas» y «hombres de Dios» los que podían sanar (Mc 8,28), no los médicos.

Jesús sanaba a muchos enfermos (Mc 6,54-56). Sin embargo, no era por esto que crecía su fama y causaba tanta impresión en la gente (Lc 4,37; 5,15; 9,43) ya que también había otros sanadores populares considerados

santos y profetas que sanaban a la gente. La causa de la gran admiración que suscita es porque no invoca a Dios para expulsar demonios y sanar enfermos, sino que arroja los espíritus impuros por el poder de su propia palabra. ¡Su palabra tiene gran autoridad! Aún más, por propia autoridad perdona pecados (Mc 2,5). La reacción inmediata es cuestionar a Jesús porque no responde a su identidad, es decir, a las relaciones fundamentales que lo definen como judío de Nazaret, hijo de José y María: si procede de una familia de artesanos, gente sencilla de Nazaret, ¿cómo puede hacer esto? (Mc 6,2-3). Otra posibilidad es que su conducta se explique porque su relación fundamental es con Belzebú y por eso expulsa demonios más débiles que éste (Mc 3,22). En cambio, por revelación, el discípulo se abrirá progresivamente a la relación que sí explica la identidad de Jesús: el poder que detenta es por su relación de Hijo con Yahveh, el Dios de Israel, quien lo envió como Mesías o ungido por el don de su Espíritu Santo para redimir a su pueblo Israel (Jn 10,19-21).

Comer con pecadores es una acción rechazada por los judíos piadosos. Las comidas o banquetes en aquella época se concebían también como un rito socio-religioso con el propósito de validar el estatus, dentro de la aldea o la ciudad, propio de los comensales. De aquí el estricto protocolo que los rige. El invitado debe preocuparse qué va a comer, (¿puro o impuro?) con quién lo va a hacer, cuándo va a comer (no puede en día de ayuno) y qué lugar va a ocupar en la mesa (Lc 14,7-9), de lo contrario, entregaría una pésima señal a la comunidad respecto a su estatus religioso y social, lo que se traduciría en pérdida de honor y poder. Jesús, en cambio, comparte comidas con pecadores y recaudadores de impuestos, porque así hace presente la misericordia de su Padre (Mc 2,17). Por esta razón, estas comidas del Hijo son actos liberadores de Dios que restituyen la dignidad de las personas y construyen relaciones fundada en la soberanía de Dios en cuanto Padre. Compartir la mesa tiene que ser expresión clara de la relación de hermanos, porque tienen un mismo Padre y comparten una misma vida.

Estas acciones de Jesús brotan de su condición de Hijo de Dios y de Mesías por lo que hacen presente la soberanía liberadora de Dios en cuanto Padre rico en vida y misericordia. ■

## **Cuarta clave de comprensión**

### *El regalo de nuevas relaciones gracias al reinado del Padre*

La identidad de un israelita del siglo I la generan las características propias que adquiere en razón de sus relaciones fundamentales en tres dimensiones vitales: a)- *sexo (varón o mujer) y todo lo que significa en el siglo I en aquella cultura patriarcal*; b)- *familia, y c)- Yahveh y su pueblo Israel*. Porque la identidad proviene del tipo de relaciones que se establezcan en estos ámbitos recibe el nombre de «diádica» o «corporativa», es decir, dependen de otros.

No es lo mismo ser varón que mujer en el siglo I; ser artesano, militar o sacerdote; provenir de una familia rica y con honor que de una pobre; pertenecer al partido de los fariseos que al de los saduceos o al grupo de los esenios. Cada una de estas pertenencias aporta características específicas con los que se identifican los individuos. Cambiar de grupo de pertenencia es cambiar de tipos de relaciones y, por lo mismo, de notas identitarias.

Los rabinos de Israel también anunciaban el reinado de Dios, pero no causaban gran impresión ni suscitaban preguntas. En cambio, sí lo hace Jesús, y la admiración por Él no deja de crecer. ¿Qué ocurre? De ningún modo se espera de Jesús lo que piensa, dice y hace, pues en nada de esto representa a su familia ni muestra una típica relación con Dios y pertenencia al pueblo, relación que se espera de un varón judío del siglo I. Su comportamiento pareciera responder a otras relaciones fundamentales. Es un varón israelita..., pero no le importa la descendencia y, más aún, se proclama «eunuco» por el Reino de Dios (Mt 19,12). Ama a su madre María,

a su padre José y a sus parientes..., pero proclama que viene a crear una nueva familia que no se funda en la sangre, sino en la fe en Él como Mesías (Mc 3,31-35). Se relaciona con sus discípulos, tal como un rabino de Israel..., pero es cercano, comparte la vida con ellos y les lava los pies (Mt Jn 13,14). Es hombre como otros y con las mismas necesidades..., pero por la autoridad que manifiesta suscita aquel santo temor propio de los que testimonian a Dios en el mundo de los hombres (Mc 4,41). Ejerce influencia y muchos lo siguen, lo que debiera llenarlo de orgullo (¡muchos rabinos lo quisieran!)..., pero anhela el encuentro a solas con Dios para orar y con los suyos para instruirlos. Como judío, peregrina al Templo de Yahveh a ofrecer oraciones y sacrificios..., pero anuncia su destrucción, porque Él es el Nuevo Templo para encontrarse con Dios (Jn 2,13-22). Y lo más importante: sin oponerse a que Dios sea confesado como todopoderoso, sabio, juez..., Jesús lo llama Abbá (Mc 14,36) que en arameo significa «padre», pero con todo aquel matiz de cariño y confianza que sólo un niño de una sociedad mediterránea del siglo I sabe darle a este término cuando se dirige a su papá.

¿No es acaso todo esto incomprensible desde los parámetros de conocimiento de las personas del siglo I? Por esto corrían de boca en boca las preguntas sobre la identidad de Jesús y su enseñanza: ¿quién realmente es éste?, ¿de qué Reino de Dios está hablando?

Jesús sorprende, porque no es el típico maestro que enseña la Ley y da ejemplo de piedad. Lo primero que hace al reunir a su grupo es cambiarle sus referencias, es decir, sus intragrupos de relaciones. Les enseña que tienen una nueva identidad, porque otra es ahora su relación fundamental: ¡han sido hechos «hijos» del Padre Dios! Y entre los hijos de un mismo Padre, la relación de fraternidad debe fundar cualquier otro tipo de relación. Además, porque son hijos, ya no son más siervos, sino amigos y hermanos del Hijo de Dios (Jn 15,15; 20,17). Se entiende que de aquí se derive un modo nuevo de pensar, decir y actuar que manifieste esta original condición. Esto es precisamente lo que hace la oración del «Padre nuestro» (Mt 6,9-13): cuando se pertenece al grupo de los discípulos del Hijo de Dios, el «Padre nuestro» son las palabras y los actos que expresan esta nueva identidad. Desde ahora tiene que haber un contenido propio en «el corazón» (mundo interior), «la boca» (comunicación) y «las manos» (acción) que responda a la condición de hijo y hermano.

## Quinta clave de comprensión

### *Pascua de Jesús o la identidad y querer del Padre*

Jesús no sólo anuncia el Reino de Dios con sus enseñanzas en Galilea, sino también –y sobre todo– con la entrega de su vida en Jerusalén. Enseñanza en Galilea y entrega de la vida en Jerusalén no se pueden separar: Galilea prepara la Pascua, y Jerusalén la sella.

En cuanto a los motivos de Jesús, su destino en Jerusalén se explica por la misma razón que su ministerio en Galilea, porque los hombres rectos como Jesús, mueren por lo que viven. Porque Jesús murió por lo que vivió, podemos entender con claridad el significado de su Pascua. Y los significados de las palabras y acciones de Jesús pertenecen a la esencia de la evangelización.

La historia de la salvación no sólo requiere del designio del Padre, sino también del compromiso del Nazareno en cuanto ser humano con conductas conscientes y libres. Su condición de Hijo de Dios encarnado reclama –por ser verdadero hombre– una clara opción por su Padre y por hacer su voluntad (Gál 1,3-5). Al escoger libre y conscientemente la entrega que le pide su Padre, Jesús hace de su existencia una «*pro-existencia*», es decir, opta por el proyecto del Padre de que su Hijo encarnado sea «*el hombre para los demás*». Su sumisión, distintivo de un hijo del siglo I, busca por sobre todo la generación de una nueva familia que honre a Dios como su único Padre (Jn 4,34; 5,30).

Si así Jesús vivió el anuncio del Reino en Galilea, ¿por qué pensar que

vivió de modo distinto su destino en Jerusalén? Murió en Jerusalén por su opción radical de hacer la voluntad del Padre, para realizar su designio de salvación. Dicho de otro modo, Jesús asumió libremente las consecuencias de su encarnación hasta la muerte en cruz, para regalarnos relaciones del todo nuevas, haciendo que su Padre sea para siempre «nuestro Padre».

Por esto la Pascua de Jesús es el acontecimiento por excelencia que nos revela a Dios en cuanto Padre, y con un amor de Padre que desborda toda medida, porque quien padece y muere es su Hijo primogénito y amado (Rm 5,6-8; Ef 2,4-6)■

## **Sexta clave de comprensión**

### *Discípulos de Jesús, discípulos del Reino*

El Reino requiere de discípulos y de discípulos del Hijo, pues sólo Él construye un nuevo Pueblo donde Dios ejerce su soberanía de Padre bondadoso. Jesús convierte el camino de Galilea a Jerusalén en escuela de discipulado, lo que se percibe sobre todo en Lucas (Lc 9,51-19,28). Por un lado, los tres anuncios de la pasión y resurrección apuntan a dos acontecimientos: Jesús morirá en Jerusalén a manos de los dirigentes de Israel, y Dios lo resucitará a los tres días, porque tiene la certeza de que su Padre no lo abandonará en la muerte (Mc 8,31). Por otro lado, siempre de camino a Jerusalén, Jesús manifiesta la razón de ser de esos acontecimientos: la entrega de su vida «*en rescate por todos*» (Mc 10,45). Así lo entendieron y predicaron en el kerigma los primeros misioneros: «*Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras*» (1 Cor 15,3). Así también lo expresa Pablo: Jesús «*fue entregado a la muerte por nuestros pecados y resucitado para nuestra salvación*» (Rm 4,24-25). Y desde su primera predicación, Pedro recalcó lo mismo (Hch 2,38; ver 10,43).

El inicio de la predicación de Jesús en Galilea no tuvo los resultados esperados. Los israelitas, guiados por sus autoridades religiosas, no aceptaron a Jesús como Mesías, ni siquiera sus parientes (Mc 6,1-6). Jesús cambia la estrategia y si bien sigue anunciando el Reino a todos mediante parábolas, solo a los que escoge como discípulos les explicará su enseñanza sobre el Reino (Mc 4,10-12.33-34). Jesús se crea un grupo pequeño y abierto, «*los suyos*», rompiendo las fronteras de la sangre y de la raza, es decir, los intragrupos de «*familia*» y «*pueblo*», incluso «*sexo*», pues los rabinos no

aceptaban en sus grupos de discípulos a mujeres, ya que ellas no estaban obligadas a conocer la Ley.

Las condiciones son pocas, pero exigentes. La principal dejar la familia, para formar una nueva (Lc 14,25-27). La participación en el grupo de Jesús cambia radicalmente el sentido de la vida al sustituir los referentes: el paterfamilias o «*jefe de familia*» es el Padre de Jesucristo, no el de la tierra, y su voluntad es la que hay que cumplir; los hermanos son los otros discípulos, no los parientes sanguíneos, y a todos hay que amar; el honor (valor central en el siglo I) se adquiere al testimoniar la santidad de Dios por lo que no tiene valor alguno la obtención de los primeros puestos; incluso, hay que amar al enemigo, al igual que al pecador; la humildad y el servicio son notas distintivas de la nueva familia como la opción por los pobres, los enfermos y los pecadores.

De «*muchedumbre*» se pasa a «*discípulo*» por elección de Jesús, no por voluntad propia. Sigue la convivencia con Él, para entrar en comunión vital con el Mesías e Hijo de Dios. Del encuentro personal y comunitario con el Resucitado brota la misión como deseo de transmitir la misma experiencia que cambio la propia vida al cambiar los referentes de la misma. Así, el seguimiento de Jesús es conversión o camino «*a Cristo*», identificación o camino «*en Cristo*» y misión o camino «*desde Cristo*».

Si en Galilea el ministerio de Jesús es revelación de su experiencia filial y de cómo ser parte de su intragrupo o de la familia de Dios, en Jerusalén culmina este propósito poniendo su vida de Mesías e Hijo a total disposición del Padre con el propósito de hacer realidad su nueva familia o pueblo mediante el perdón de los pecados y la adquisición de una nueva identidad.■

## Séptima clave de comprensión

### *Eucaristía, mesa de la nueva alianza*

Poco antes de morir, Jesús convierte una celebración de pascua judía en lugar privilegiado para mostrarle a los suyos la misión que el Padre le encomendó. Ahora mejor que nunca, su misión hay que comprenderla a la luz de la teología de la alianza del Antiguo Testamento. Al transformar el pan en su Cuerpo que va a ser entregado y el vino en su Sangre que va a ser derramada, dispone al discípulo a lo que va a ocurrir en la cruz con los frutos de perdón y de nuevas relaciones. Y con el mandato de repetir este gesto, Jesús abre para siempre los dones de la redención para los suyos (Lc 22,19).

Un Cordero de Dios definitivo, Jesucristo, desplaza a los corderos de la Antigua alianza y se transforma en el alimento de la Nueva alianza (Lc 22,14-18.29-30). La razón es que el sacrificio de los corderos pascales, ofrecidos en el Templo, han sido incapaces de purificar las transgresiones de Israel y conceder la herencia prometida a los elegidos (Heb 9,15; 10,11).

La Nueva alianza, en cambio, es el pacto de comunión plena entre Dios y la humanidad gracias a la entrega del Cordero de Dios (Heb 7,22; 8,6-13) como «*víctima de propiciación por nuestros pecados*» (1 Jn 2,2; 4,10). Por la entrega de este Cordero, que es el Hijo de Dios, se genera la soberanía de Dios en cuanto Padre de un pueblo de hijos y hermanos con valores alternativos a los de otros pueblos.

El discípulo y la Iglesia se reconocen y alimentan de la mesa de la

Eucaristía, sacramento o misterio de la Nueva alianza. Esta mesa es pacto de amistad y vida nueva, porque alimenta la nueva identidad o nuevas relaciones adquiridas por la enseñanza de Jesús (Galilea) y su entrega (Jerusalén). Sin ella no hay discipulado, porque sin ella no hay Pueblo nuevo de Dios en pacto de filiación y amistad con Él. De aquí que la evangelización no pueda prescindir de ofrecer esta mesa y preparar para su participación plena en ella. ■

## Octava clave de comprensión

### *La cruz, fuerza y sabiduría del Padre*

El relato de la pasión de Jesús se construyó teniendo presente la profecía del Siervo de Yahveh, enigmática figura que aparece en cuatro poemas del Segundo Isaías (el último: Is 52,13-53,12). A él, Dios le encomienda convocar a las tribus israelitas, ser luz de las naciones y mediador de su salvación. No lo hará quitándoles la vida a enemigos de Dios y de Israel, sino entregando su propia vida a lo que a primera vista parece un fracaso abrumador: golpes y salvazos, insultos y desprecio..., hasta ser arrancado de la tierra de los vivos. De esta forma, siendo justo, Él sufre el castigo por los injustos, cargando con nuestros pecados, y al interceder por los injustos trae a muchos la salvación. Él nos sana, no con sus victorias, sino con sus heridas (Is 53,4.5.11.12).

La entrega del Siervo de Yahveh pone en relieve los motivos de la muerte de Jesús en cruz. Jesús es quien cumple esa profecía. El Hijo de Dios, siendo inocente, lleva en su propio cuerpo nuestros pecados a la cruz para alcanzarnos el perdón y la gracia de vivir como Dios quiere (1 Pe 2,21-25). Por su sumisión a la voluntad de Dios, el Crucificado vence nuestro pecado, demostrando que Él, por su entrega, es «*fuerza y sabiduría*» del Padre (1 Cor 1,23). El Reino del Padre no se construye con espadas, sino con la obediente donación de su Hijo que nos merece «*la liberación y el perdón de los pecados*» (Col 1,13-14), haciéndonos pasar a la condición de «*discípulos del Reino*» (Mt 13,52). Discípulo, por tanto, es a quien «lo cambian de lugar», «*de relación*» o de pertenencia: del reinado del pecado y su fuerza, al reinado del Padre y su amor. ■

## **Novena clave de comprensión**

### *La tumba vacía, promesa cumplida del Padre*

La tumba no está vacía porque se robaron el cuerpo de Jesús, según el rumor de los dirigentes de Israel (Mt 28,11-15), sino porque el Crucificado resucitó (Mc 16,6).

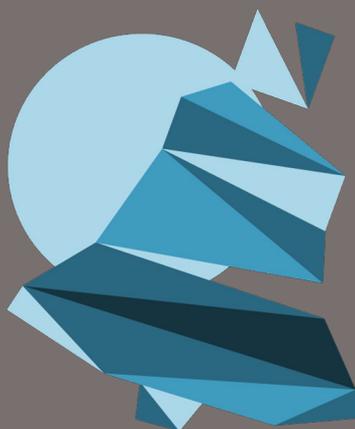
¿Qué destino le espera ahora a Jesús? Por su obediencia hasta su total humillación, su Padre lo hizo «*Señor*», exaltándolo o entronizándolo junto a sí. De este modo le otorgó la soberanía y gloria de los vencedores, es decir, un «*Nombre sobre todo nombre*» (Flp 2,6-11). Él es para siempre «*Mesías*», «*Jefe y Salvador*» de la nueva humanidad (Hch 2,36; 5,29-32). Su actual condición, perpetúa los frutos de su entrega, entre los que destaca el regalo de originales relaciones con Dios, con los otros y las cosas. El «*Señor*», pues, es la única fuente de «*salvación, santificación y redención*» (1 Cor 1,30; ver Heb 10,12-13). Y los primeros judeocristianos, desde la certeza de que Dios cumplió sus promesas a Israel, anuncian a Cristo subrayando la fidelidad y el amor de Dios por su pueblo.

Al fin de los tiempos, el Reino del Padre entregado al Hijo será devuelto al Padre cuando el Hijo, por el ministerio de los suyos, destruya todo dominio, potestad y poder (1 Cor 15,23-24).

La evangelización tiene un centro y un proyecto. El centro es Jesucristo en cuanto «*Hijo de Dios*», pues por Él, Dios reina como Padre. El proyecto es Jesucristo, pero en cuanto «*Señor de la historia*», porque todo en Él y por Él está llamado a alcanzar su plenitud para que, al final de los tiempos, todo vuelva al Padre. ■







ÁREA  
COMUNICACIÓN  
OBISPADO DE  
VALDIVIA

SERIE BIBLIA Y NUEVA EVANGELIZACIÓN